

PERSPECTIVISMO EN EL *CAMINO DE LA CRUZ* DE PAUL CLAUDEL

Ramón Suárez
Universidad de Chile

Para Aileen

Escrito y publicado en 1911, *Le Chemin de la Croix* fue insertado a modo de epílogo, en 1915, en *Corona Benignitatis Anni Dei*, uno de los más importantes libros de poemas de Paul Claudel.

El conjunto es una emotiva recreación de las catorce estaciones de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, y como tal, parece haber sido redactado en su mayor parte durante la Semana Santa del mencionado año.

Una de las cosas que más ha llamado la atención al leer *Le Chemin de la Croix* es la movilidad de la perspectiva del hablante lírico, capaz de asumir diversos papeles, incluso, en el interior de una misma secuencia o estación. De ello precisamente queremos dar cuenta en este trabajo.

I. LOS ACUSADORES:

Se acabó. Hemos juzgado a Dios y lo hemos condenado a muerte.
No queremos más a Jesucristo con nosotros; él nos importuna.
¡No tenemos otro rey que César! ¡Otra ley que la sangre y el oro!
¡Crucifíqueno, si quieren, pero quítenlo de en medio de nosotros!
¡Que se lo lleven! (...) (I)
¡Es un loco! ¡Un impostor! ¡Que hable! ¡Que enmudezca! (X).

El hablante lírico asume la voz de una colectividad, que no es necesariamente la que sigue a Anás y a Caifás. Los cuatro primeros versículos con que se abre la primera estación implican, por su construcción, una fusión de tiempos. El presente histórico correspondiente a la predicación de Cristo y el presente de nuestro momento terminan por fundirse. Estamos ante una acusación que se renueva permanentemente, conscientes o no estén las colectividades de ello. Jesús aparece como una presencia inoportuna, una traba, una sombra actuante que niega los valores que se desea exaltar en el nuevo altar: la sangre y el oro, la voluntad de poder. Y en el lenguaje de lo que piden su muerte se reconoce, por instantes, la condición divina del Señor. Así y todo, la condenación es inexorable, dura; cruel e insensata, por lo dicho, la sentencia. En lugar de Cristo se libera por compensación a un representante de esa voluntad de poder. Voluntad imperiosa —*il le faut*—, reguladora de un cierto tipo de vida social, regulación que Cristo perturba, aportando valores nuevos que la cuestionan y la destruyen.

Ante el espectáculo que ofrece Jesús, desnudo y entregado en el Calvario a sus verdugos, brota, en la estación décima, la negación:

El consuelo, el alivio generoso y valiente es llevado por Verónica, quien desafía literalmente el respeto de la masa a los poderosos de este mundo (VI).

En esta segunda función, el hablante manifiesta una tendencia al lenguaje reiterativo, patético y engrandecedor de las cosas, propio de la epopeya. Portando anotaciones fuertemente realistas, brotan las antítesis expresivas:

El valet de Anás lo abofetea y Renan lo besa.
 Han tomado todo. Pero queda la sangre escarlata.
 Han tomado todo. ¡Pero queda la herida que estalla!
 Dios está oculto. Pero queda el varón de dolores,
 Dios está oculto. ¡Queda mi hermano que llora! (X).

Junto a la alusión muy contemporánea a Renan, el discurso del hablante testigo se carga también de reminiscencias bíblicas, especialmente del libro de los Profetas.

3. LA VÍCTIMA:

¡Ah, cuán larga es la cruz, y cuán enorme y difícil!
 ¡Que dura es! ¡y qué rígida! ¡y qué pesado el cuerpo
 del pecador inútil!
 ¡Cuán largo es llevarla paso a paso hasta morir sobre ella! (II)

En la segunda estación, y, de improviso, en una suerte de estilo indirecto libre, el hablante se instala en la perspectiva de Cristo, dejando, con todo, algunas huellas de su posición de testigo (*qué pesado...*). Los atributos de la Cruz, dispuestos en gradación, revelan el sentido profundo del acto. La Cruz es "larga", "enorme" y "difícil": el camino es difícil de recorrer, el acto no es comprendido por los hombres, rebeldes al don de la Gracia, tercos. La luz se hará solo lentamente en ellos, y es abrumador el peso de sus pecados. De todos, el atributo "difícil" es quizás el más iluminador, englobando en él las consideraciones dadas, entregando por sí solo una dimensión simbólica del objeto (la Cruz).

Todo el sufrimiento físico y la voluntad de Cristo de cumplir con su misión en este mundo, están condensados por estos tres versículos:

4. MARÍA:

Sus ojos no tienen ya sollozos, su boca no tiene saliva.
 Ella no dice una palabra y mira a Jesús que llega.
 Ella acepta. Ella acepta una vez más. El grito.
 Es severamente reprimido en el corazón fuerte y estricto.
 Ella no dice una palabra y mira a Jesucristo (...) (IV).

Instalado ahora en la perspectiva de María, el hablante nos hace ver el estoicismo de ella, su comprensión de lo que sucede, más allá del dolor. Imperiosa consigo misma, reprime la violencia de sus movimientos pasionales. Poco a poco, el hablante sugiere el establecimiento de una unión invisible entre el Hijo y la Madre. Ambos se insinúan ya, en medio del gentío, en una dimensión sobrenatural, aun cuando el sacrificio no esté todavía consumado. Al igual que en la estación decimotercera, se asimila la Madre a la Iglesia, explicitación de lo sugerido anteriormente. Hijo y Madre abandonan la perspectiva terrenal para situarse en otra, teológica. En este sentido, la cuarta estación es como una tregua en el camino. Ambos seres se manifiestan como no pertenecientes a este mundo.

El movimiento de las otras estaciones se interioriza en la persona de María. La densidad de lo representado, lo estático del conjunto, la frecuencia de verbos y calificativos que imprimen solemnidad al momento, enmarcados dentro de un paralelismo riguroso que insiste en las nociones de la aceptación, el silencio y la presencia, hacen del todo un verdadero *tableau*.

5. LA MADRE:

¡Oh madres que habéis visto morir al primer y único hijo.
Acordaos de esta noche, la última, junto al pequeñito gimiente.
El agua que se trata de hacer beber, el hielo, el termómetro.
Y la muerte que poco a poco viene y que ya no se
puede ignorar (...) (IV).

La cuarta estación se inicia, en realidad, con un *exemplum*. A través de un caso, intimista en su creación y patético en su significación, caso tomado de la vida cotidiana, enraizado en un presente no histórico, se nos da a entender el estado de ánimo de María y el heroísmo de su actitud, entregados inmediatamente después. En el *exemplum*, se descarga la violencia pasional, la angustia y el sentimiento de soledad de la Virgen. Es una parte de María que habla, dirigiéndose a todas las madres del mundo.

En dicho *exemplum*, de siete versículos, predomina la actitud apostrófica.

En los últimos dos versículos aparecen pronombres personales y adjetivos posesivos en primera persona que identifican inequívocamente esta quinta función del hablante:

¡Adiós, mi buen bebito! adiós, carne de mi carne.

Descubrimos contrastes expresivos (*el primero y el único - la última*) y una gradación en el temple de ánimo del hablante madre que va del cariño a la impotencia, la desesperación, el terror y la resignación.

La frágil criatura que muere es una figura de nuestro Redentor, el cual a su vez aparecerá semejante a ella en brazos de su madre, una vez descendido de la Cruz:

Ella lo ha acogido, ella ve, ella toca, ella ora, ella llora,
ella admira,
Ella es el sudario y el unguento, ella es la sepultura
y la mirra (...) (XIII).

A través de acumulaciones y antítesis resueltas, descubrimos directamente la humanidad de María, fugazmente, pues pronto la voz del hablante la transfigura para restituirle, a ella y a su hijo, su dimensión sobrenatural.

6. EL DESESPERADO:

“Yo caí nuevamente, y esta vez, se acabó.
“Quisiera volver a levantarme, y ya no hay más remedio.
“Se me ha estrujado como a un fruto y el hombre que
tengo a la espalda es demasiado pesado (...).
“Muramos, pues, pues es más fácil estar de barriga que
de pie.
“Menos fácil vivir que morir, y en la cruz que a sus pies” (IX).

En la novena estación, el hablante se identifica transitoriamente con un individuo colocado en una situación límite. Éste hace una entrega total de sus fuerzas y sufre ante

¡Que está hecha de su sangre, de sus lágrimas y
de nuestros escupos! (VI)

El hombre siente el llamado del Salvador. Llamado difícil de definir, que es, ante todo, una intuición, el descubrimiento de un afán de solidaridad y amor, del perdón que nos ofrece la divinidad que atrae a sí hasta el último hombre en el combate supremo de la Redención:

¿Tenéis sed, Señor? ¿Es a mí a quien habláis?
¿Es de mí de quien necesitáis aún y de mis pecados?
¿Soy yo quien falta antes que todo sea consumado? (XII).

En la última estación, donde domina el lenguaje del hablante predicador, encontramos un llamado de amor y de fe, la creencia en y la exaltación de la unión en lo sucesivo indisoluble del Señor y del hombre. El hablante manifiesta su comprensión de la existencia de un paralelo entre la Pasión de Cristo y nuestra vida mortal. Su sacrificio responde por cada uno de nuestros actos.

El último versículo del poema es:

¡Señor, cómo vuestra criatura está abierta y cómo ella
es profunda! (XIV).

Criatura aparece reemplazando inesperadamente al término *herida*, usual en la liturgia. A través de su imperfección, por el camino que dejó esa *herida*, tácita en el contexto, la criatura busca la paz plena, el refugio en Dios (abierta), al igual que sugiere la complejidad de sus actos, éticamente evaluados, y el abrigo hecho de serenidad que busca en dicha paz con Dios (profunda).

Lo reitera el hablante predicador, el sacrificio no corresponde sólo a un momento histórico sino que es una realidad renovada sin cesar en las entrañas del hombre.

8. EL SUPPLICANTE:

Esta función del hablante lírico está hecha de cortas intervenciones (II, III, VII), dónde él manifiesta su necesidad de amparo, de proveerse de constancia. La imagen de la Cruz forma el eje de la súplica. Tras la caída del Señor, el hablante formula una comprobación y un deseo de salvación. Quiere librarse del mal, de la falta cometida por descuido, por tedio, por desesperación. Esta última es la más grave y a ella opone el suplicante una afirmación optimista:

¡Nada está aún perdido mientras quede la muerte por beber! (IX).

La que no deja de recordarnos la indicación que sirve como de subtítulo a *Le Soutier de Satin*:

Lo peor no es siempre lo más seguro.

En la décima estación, la súplica se amplifica. El hablante parece querer aprehender a todo el género humano a través de la nominación de situaciones particulares en gradación. El último versículo hace alusión al llamado de la carne, el más difícil de superar y que nos remite, por su importancia en la creación claudeliana, por ejemplo, a la segunda de las *Cinq grandes Odes*:

Por vuestra humillación, Señor, por vuestra vergüenza,
¡Tened piedad de los vencidos, del débil a quien el
fuerte sobrepasa!

Por el horror de ese último vestido que se os retira
¡Tened piedad de todos esos a los que se desgarran!
Del niño operado tres veces al que el médico estimula,
Y del pobre herido cuyas vendas son renovadas,
Del esposo humillado, del hijo junto a su madre que muere,
¡Y de ese terrible amor que debemos arrancar de nuestro corazón!

Finalmente, en la décimoprimer estación, el hablante proclama contundentemente su fe inmodificable en Dios sufriente y Redentor.

Este Dios me basta, el mismo que cabe entre cuatro clavos.

Las ocho funciones que hemos señalado del hablante lírico son un aspecto tan sólo de la riqueza de un texto que es mucho más que una hábil paráfrasis de los escritos evangélicos. Esperamos, en este sentido, que el lector esté de acuerdo con nuestra opinión. *Le Chemin de la Croix*, como la obra mayor que la enmarca, es un texto maestro de la literatura cristiana.